

Una pura amistad

México y Japón, Japón y México: todo comienza con un naufragio. Rodrigo de Vivero, gobernador saliente de Filipinas, regresaba a México cuando, en aguas japonesas, un temporal sorprendió al galeón en que viajaba, el *San Francisco*. Los sobrevivientes tocaron tierra el 30 de septiembre de 1609 en Iwawada (Onjuku), en la costa oriental de Honshu, la isla principal del archipiélago japonés, no lejos del castillo Edo, lugar donde con el tiempo se levantaría la inmensa Tokio. Don Rodrigo fue recibido por el shogun, Hidetada Takugawa, y su padre, Ieyasu Takugawa —fundador del tercer y último shogunato del Japón, que gobernaría el país hasta el último tercio del siglo XIX— y ése fue el primer contacto oficial entre los dos países. Un año más tarde, en octubre de 1610, los mexicanos llegaban a Acapulco a bordo del *San Buenaventura*, acompañados por una comitiva de 25 comerciantes japoneses, tres de los cuales se quedarían en México según testimonios de la época.

Pasa el tiempo. Se habla de un nuevo acontecimiento marítimo a mediados del siglo XIX, cuando un barco comercial de Japón queda a la deriva y es rescatado por los mexicanos, y en 1888, ya en plena era Meiji y en pleno porfiriato, se firma un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación que termina de formalizar las relaciones de amistad entre las dos naciones. Casi una década más tarde, en 1897, y a invitación del Presidente Porfirio Díaz, una treintena de agricultores japoneses se instalan en Escuintla, Chiapas, para intentar el cultivo del café. Este grupo, conocido como los colonos Enomoto, son considerados el primer tipo de inmigrantes. A los que posteriormente se adhirieron a esa empresa agrícola se les considera inmigrantes del segundo tipo, y como de tercer tipo se conoce a los más

de 10 000 ciudadanos japoneses que migraron a México entre 1900 y 1910 para incorporarse a la construcción de ferrocarriles, a la minería, al trabajo agrícola y al comercio. De entonces al día de hoy el flujo de japoneses a México ha sido constante, avicinándose en el norte, en el centro o en el sur, transitoria o definitivamente, y participando en todos los caminos de la vida.

¿Dónde están todos estos japoneses, desde aquellos que llegaron a bordo del *San Buenaventura* y decidieron quedarse, hasta Miho y Taro que trabajan sus maravillas en un taller de Tacubaya, pasando por los colonos Enomoto y los inmigrantes de quinto o sexto tipos y sus hijos, y los hijos de sus hijos y los hijos de los hijos de sus hijos, japoneses-mexicanos de segunda generación o de tercera o cuarta?

Aquí están, a nuestro alrededor, adentro mismo de nosotros, fibras del tejido social que somos, con su genética particular y su alto sentido civilizatorio, en nuestro pensamiento y en nuestros corazones, Japón y México, México y Japón, naciones llamativamente hermanas, una pura amistad entre dos pueblos que encuentran tan curiosa y pronunciada afinidad en el seno de sus vastas diferencias, esta insólita vecindad mediada por un océano y sellada con un naufragio.

Mauricio Ortiz